

RESUMEN COMPLETO

El libro que nos ocupa hoy se titula *Sobre la Felicidad*, una selección de textos extraídos de la *Summa Theologiae*, la obra más ambiciosa de Tomás de Aquino. Esta edición fue preparada por The Trinity Forum en 2018 con introducción del padre Dominic Legge, y es básicamente una guía filosófica y teológica para entender qué es la felicidad, qué no lo es, y dónde encontrarla de verdad.

Tomás de Aquino nació en 1224 o 1225, en el sur de Italia, en el seno de una familia noble. Su vida podría haber sido la de un aristócrata con poder, dinero y posición. Sus padres lo enviaron a estudiar con los monjes benedictinos de Monte Cassino casi desde niño, con la intención de que algún día llegara a ser abad de ese monasterio. Un cargo de enorme prestigio.

Pero Tomás tenía otros planes.

A los 14 o 15 años fue a estudiar a Nápoles, donde conoció a los dominicos, una orden de frailes mendicantes —es decir, que vivían de la caridad— completamente dedicados a la enseñanza y la predicación. Y algo en ese modo de vida lo atrapó por completo.

Cuando su familia se enteró de que quería hacerse dominico, se pusieron furiosos. Literalmente enviaron a sus hermanos mayores a interceptarlo en el camino. Lo secuestraron. Lo tuvieron preso en el castillo familiar durante más de un año, intentando que abandonara esa idea descabellada de ser un fraile sin recursos. Tomás no cedió.

Esa terquedad silenciosa —esa capacidad de tenerlo todo y elegir algo completamente distinto— es clave para entender todo lo que escribió después sobre la felicidad.

Con el tiempo se convirtió en uno de los pensadores más influyentes de toda la historia occidental. Estudió con Alberto Magno, leyó a Aristóteles cuando casi nadie lo conocía en Europa, integró la filosofía griega con la teología cristiana, y dejó escrita la *Summa Theologiae*, una obra tan monumental que durante siglos fue el libro de texto por excelencia en las universidades europeas.

Murió a los 49 años, en 1274, poco después de tener una experiencia mística tan intensa que dejó de escribir. Cuando su secretario le preguntó por qué, respondió que todo lo que había escrito le parecía paja comparado con lo que había visto.

Capítulo 1 — ¿Para qué actúa el ser humano?

(Cuestión 1, artículo 1)

Tomás empieza con algo que parece obvio pero que casi nadie se para a pensar: cada vez que hacemos algo libremente, lo hacemos por alguna razón. Por algún fin.

Hay acciones que no cuentan, claro. Rascarse la cabeza sin darte cuenta. Mover el pie mientras piensas en otra cosa. Esas son acciones del hombre, pero no son acciones humanas en sentido estricto. Las acciones verdaderamente humanas son las que nacen de una decisión consciente, de la razón y la voluntad.

Y esas acciones, siempre, apuntan hacia algo. Tienen un propósito. El ser humano no actúa al azar cuando actúa de verdad. Actúa porque quiere llegar a algún lugar.

Esto que parece una sutileza es en realidad el punto de partida de todo lo que viene después.

Capítulo 2 — El fin último: ¿existe un objetivo que lo engloba todo?

(Cuestión 1, artículo 6)

Vale, aceptamos que cada acción tiene un fin. Pero ¿hay un fin que está por encima de todos los demás? ¿Un objetivo último que organiza toda nuestra vida?

Tomás dice que sí. Y lo explica de una manera que me parece elegante: igual que en una cadena de causas, las causas secundarias solo se mueven porque hay una causa primera que las pone en marcha, en nuestra vida hay un fin último que le da sentido a todo lo demás.

No tienes que estar pensando en ese fin último en cada momento. Cuando caminas hacia algún sitio, no piensas en cada paso. Pero el destino sigue ahí, orientando el recorrido.

Ese fin último que todos buscamos, aunque no lo veamos claro, es la felicidad. Todo lo que hacemos —incluso las bromas, incluso el descanso— está, de alguna manera, ordenado a ese bien supremo que anhelamos.

Capítulo 3 — ¿Buscan todos la felicidad?

(Cuestión 5, artículo 5)

Aquí viene una de las ideas más interesantes del libro. Tomás distingue dos cosas: la noción general de felicidad, y en qué consiste concretamente.

Todos desean la felicidad en abstracto. Todos queremos que nuestra voluntad quede plenamente satisfecha. Eso es universal. Nadie dice que quiere ser infeliz.

Pero no todos sabemos dónde encontrar esa felicidad. Algunos creen que está en los placeres del cuerpo. Otros, en la virtud. Otros, en el dinero. Y ahí está el problema: que el deseo es universal, pero el acierto no lo es.

San Agustín lo dice de una forma que Tomás cita con gusto: si alguien le hubiera dicho a una audiencia "todos queréis ser felices, ninguno quiere ser desdichado", nadie habría podido negarlo. Es algo que todos reconocerían de inmediato.

La pregunta es la que sigue.

Capítulo 4 — La felicidad no está en la riqueza

(Cuestión 2, artículo 1)

Y aquí empieza el análisis más concreto del libro. Tomás va descartando, uno por uno, todos los candidatos que solemos señalar cuando alguien nos pregunta qué nos haría felices.

El primero: la riqueza.

Hay dos tipos de riqueza, explica. La natural —comida, ropa, casa, lo que necesitamos para vivir— y la artificial —el dinero, que no tiene valor en sí mismo, sino como medio para conseguir las cosas naturales—.

La riqueza natural no puede ser el fin último porque siempre es un instrumento para otra cosa. Es un medio, no un destino. Y el dinero, menos aún: se busca únicamente para conseguir eso que uno realmente necesita.

Hay algo más. Cuanta más riqueza tienes, más deseas. El deseo de dinero no se sacia: crece. En cambio, cuanto más conoces el bien verdadero, más lo amas. El dinero no funciona así. Cuando lo posees, te das cuenta de que no era lo que buscabas.

Como dice el Eclesiástico: quien bebe de esta agua, volverá a tener sed.

Capítulo 5 — La felicidad no está en los honores

(Cuestión 2, artículo 2)

El segundo candidato: los honores, el reconocimiento social.

Tomás tiene aquí un argumento que me parece muy fino. El honor no está en el que lo recibe, sino en el que lo otorga. Depende de otro. Y algo que depende de la valoración ajena no puede ser la fuente de tu felicidad, porque siempre será frágil, siempre estará sujeto al criterio de los demás.

El honor puede ser una consecuencia de la felicidad, dice Tomás. Es decir, si alguien realmente vive bien, es posible que otros lo reconozcan. Pero el honor no puede ser la fuente. Si trabajas por recibir honor, ya no eres virtuoso: eres ambicioso.

Capítulo 6 — La felicidad no está en la fama ni en el poder

(Cuestiones 2, artículos 3 y 4)

Rápido, porque la lógica es parecida.

La fama tampoco sirve. Es inestable, fácilmente destruida por rumores o por la opinión cambiante de la gente. Boecio lo dice sin rodeos: muchos deben su reputación a mentiras. La fama humana falla. Y la felicidad, en cambio, es para siempre.

El poder, lo mismo. No puede consistir en él la felicidad porque el poder puede usarse para el bien o para el mal. La felicidad, que es el bien perfecto del hombre, no puede tener esa ambigüedad. Y además, el poder viene de causas externas —la fortuna, las circunstancias— mientras que la felicidad debe nacer de algo que está dentro de nosotros.

Capítulo 7 — La felicidad no está en los bienes del cuerpo

(Cuestión 2, artículo 5)

La salud, la belleza, la fuerza. ¿No es eso también lo que buscamos?

Tomás reconoce que el cuerpo importa. Pero dice algo que vale la pena detenerse a escuchar: el cuerpo existe para el alma. Es el instrumento. Y el instrumento no puede ser el fin.

Además, el ser humano supera a los animales en capacidad racional y espiritual, pero en bienes corporales muchos animales lo superan a él: el elefante vive más, el león es más fuerte, el ciervo corre más rápido. Si la felicidad consistiera en bienes del cuerpo, el hombre no sería el ser más feliz, sino uno de los menos.

Capítulo 8 — La felicidad no está en el placer

(Cuestión 2, artículo 6)

El placer es el candidato más popular, y Tomás lo trata con cuidado.

No dice que el placer sea malo. Dice algo más matizado: el placer no es la felicidad en sí misma, sino una consecuencia de ella. El gozo que sentimos cuando alcanzamos algo bueno es real. Pero el placer no puede ser la esencia de la

felicidad, porque depende de lo que lo produce. Si lo que lo produce no es el bien verdadero, el placer también es falso.

El placer sensible —el de los sentidos— es especialmente insuficiente porque la razón humana tiene una dimensión que va infinitamente más allá de lo que los sentidos pueden captar.

Capítulo 9 — Ningún bien creado puede constituir la felicidad

(Cuestión 2, artículo 8)

Y aquí llega la gran conclusión intermedia: ninguna cosa creada —ningún bien material, social o corporal— puede ser la fuente de la verdadera felicidad.

¿Por qué? Porque la felicidad perfecta es aquello que colma completamente la voluntad. Y el objeto de la voluntad es el bien universal, no un bien particular. Solo algo infinito puede satisfacer plenamente un deseo que, en el fondo, no tiene techo.

Ese bien universal, dice Tomás, no se encuentra en ninguna criatura. Solo se encuentra en Dios.

Capítulo 10 — La felicidad consiste en la visión de Dios

(Cuestión 3, artículos 1 y 8)

Este es el corazón del libro.

La felicidad perfecta, dice Tomás, consiste en la visión de la Esencia Divina. No es una metáfora. Es una afirmación filosófica y teológica: el intelecto humano, cuyo objeto es conocer la esencia de las cosas, solo queda completamente satisfecho cuando llega a conocer la Primera Causa de todo, es decir, Dios, tal como Él es en sí mismo.

Mientras el hombre conoce los efectos de Dios en el mundo —la belleza de la naturaleza, la verdad matemática, el bien moral— pero no conoce la esencia de Dios, permanece en él un deseo insatisfecho. Una inquietud. Una pregunta que no termina de tener respuesta.

La felicidad perfecta, entonces, es esa unión del intelecto con Dios. No es algo que podamos fabricar nosotros. Es un don. Una participación en la vida misma de Dios.

Capítulo 11 — ¿Son necesarios los bienes externos para ser feliz?

(Cuestión 4, artículo 7)

Tomás no es ingenuo. Reconoce que en esta vida, aquí y ahora, los bienes materiales sirven como instrumentos para vivir bien. La comida, la salud, ciertos recursos básicos: sin ellos, es difícil practicar la virtud y la contemplación.

Pero para la felicidad perfecta —la que está más allá de esta vida— esos bienes no son necesarios. La felicidad perfecta consiste en ver a Dios, y eso no requiere dinero ni posición social.

De hecho, la vida contemplativa se parece más a esa felicidad perfecta que la vida de acción. Y curiosamente, la vida contemplativa necesita menos bienes externos.

Capítulo 12 — ¿Puede uno ser más feliz que otro?

(Cuestión 5, artículo 2)

Sí. Aunque suene extraño.

El objeto de la felicidad —Dios— es el mismo para todos. Nadie puede tener "más Dios" que otro en ese sentido. Pero la capacidad de gozar de ese bien varía según cómo cada persona esté dispuesta para recibirlo. Cuanto más abierto, más ordenado, más orientado esté alguien hacia Dios, más plenamente gozará de Él.

Y por eso, en el cielo —dice Tomás con esa naturalidad suya— hay muchas mansiones. No porque haya distintos dioses, sino porque hay distintos grados de participación en el mismo bien infinito.

Capítulo 13 — ¿Se puede ser feliz en esta vida?

(Cuestión 5, artículo 3)

Y aquí viene la respuesta más honesta del libro.

Sí, se puede participar de la felicidad en esta vida. Pero no de modo pleno y perfecto.

¿Por qué? Porque en esta vida no podemos eliminar todos los males. El sufrimiento existe. La ignorancia existe. Los deseos desordenados existen. Y además, los bienes de esta vida son pasajeros. Incluso la propia vida se acaba, y el hombre naturalmente no quiere morir.

La felicidad perfecta requiere algo que esta vida no puede dar: la permanencia, la plenitud, la ausencia total de mal. Y eso solo es posible en la visión directa de Dios, más allá de la muerte.

Lo que podemos tener aquí es una participación, un anticipo, una semejanza. Que no es poco. Pero no es todo.

Y entonces, ¿qué nos lleva a casa este libro?

Quizás esto: que la pregunta por la felicidad no es una pregunta superficial. No es algo que se resuelva cambiando de trabajo, comprando algo nuevo, consiguiendo más seguidores o siendo más delgado. Es la pregunta más humana que existe. Y tiene una respuesta que no cabe en un post ni en una lista de hábitos matutinos.

Tomás de Aquino nos dice que el deseo de felicidad es completamente natural, que todos lo tenemos sin excepción, y que ese deseo no está equivocado. Lo que puede equivocarse es hacia dónde lo dirigimos.

Riqueza, fama, poder, placer, reconocimiento. Todo eso puede tener su lugar. Pero ninguno puede ser el fin último sin dejarnos, tarde o temprano, con las manos vacías y el corazón inquieto.

La frase que mejor resume este libro no es de Tomás, sino de su maestro espiritual, Agustín de Hipona: "Nos hiciste para Ti, y nuestro corazón está inquieto hasta que descansa en Ti."

Y quizás eso sea lo que necesitamos escuchar hoy más que nunca: que esa inquietud que sentimos no es un error. Es una brújula.